

Señoras y señores, autoridades, representantes del mundo de la cultura, amigas y amigos:

La Medalla de Honor que hoy otorgamos a la Fundación Bancaja reconoce su extraordinaria aportación a la vida cultural valenciana. Distingue una trayectoria constante, rigurosa y generosa, sostenida en el tiempo, que ha hecho de la cultura un compromiso y una forma de servicio público.

Con este galardón, el Consell Valencià de Cultura quiere poner en valor una labor ejemplar: la que ha contribuido, durante décadas, a preservar nuestro patrimonio, impulsar la creación contemporánea y acercar el arte y el pensamiento a toda la ciudadanía.

Nos reunimos hoy para celebrar el recorrido de una institución que forma parte esencial de nuestra identidad cultural. La Fundación Bancaja ha sabido sostener y proyectar lo mejor de nuestro legado, creando espacios accesibles, vivos y abiertos al encuentro, donde el arte se comparte y cobra sentido colectivo.

Como bien recordamos, el origen de la Fundación se halla en la obra social de la antigua Caja de Ahorros de Valencia, Castellón y Alicante, cuyas primeras iniciativas —ya en la segunda mitad del siglo XX— acercaban la cultura mediante exposiciones, conferencias y actividades educativas. Aquella semilla inicial se transformó en la actual Fundación Bancaja: una institución moderna, independiente, con una clara vocación cultural, educativa y social.

Hoy, su sede en la plaza Tetuán es un verdadero punto de encuentro. Sus salas han acogido exposiciones memorables que han situado a Valencia en el mapa cultural nacional e internacional. Recordemos, por ejemplo, la muestra dedicada a Joaquín Sorolla en el centenario de

su muerte, que atrajo a decenas de miles de visitantes; o el ciclo de exposiciones sobre Picasso, con piezas procedentes de destacadas colecciones internacionales.

Es obligado destacar una de las exposiciones que marcó un hito en la trayectoria de la Fundación: “Sorolla. Visión de España”, comisariada por Felipe Garín y Facundo Tomás —compañeros míos en la universidad y queridos amigos—. Aquella muestra, fruto de la colaboración entre la Fundación Bancaja, el Museo Nacional de Arte de Cataluña y el Museo de Bellas Artes de Bilbao, reunió los veinte lienzos que conforman los catorce paneles de la célebre Visión de España, procedentes de la Hispanic Society of America. Su itinerancia por varias ciudades acercó la obra más ambiciosa de Sorolla a miles de personas y situó a la Fundación en el centro de la proyección cultural de nuestro país.

En esa misma línea de investigación y divulgación, la Fundación ha impulsado exposiciones que han contribuido a ampliar la comprensión de la historia de la pintura valenciana. Entre ellas, “La fotografía esencial en tiempos de Sorolla”, comisariada por Laura Campos, responsable de Cultura de la Fundación, que permitió explorar el diálogo entre pintura y fotografía en los albores del siglo XX. O la exposición “Escenas y paisajes en la pintura valenciana. Siglos XIX y XX”, comisariada por el catedrático de Historia del Arte Francisco Javier Pérez Rojas, que ofreció una lectura precisa sobre la deriva costumbrista y la evolución temática de la pintura de género valenciana.

La Fundación también ha mantenido siempre un firme compromiso con los artistas contemporáneos valencianos. Ha sido escaparate y apoyo para creadores como Nassio Bayarri —cuya exposición antológica tuvo el privilegio de comisariar junto al arquitecto Javier Domínguez—, o Andreu Alfaro, Equipo Crónica, Manolo Valdés, Joan Cardells, Carmen Calvo, Miquel Navarro, Joan Genovés, Soledad Sevilla y tantos otros, algunos todavía menos reconocidos.

Muchos de ellos encontraron aquí un espacio que combinaba sensibilidad, rigor y una ejemplar capacidad de divulgación.

Recordemos como ejemplo las exposiciones sobre Estudios de Arte, comisariadas por el escritor Martí Domínguez y el fotógrafo Jesús Císcar, donde se mostraron, reunidos, el interior, el contenido y la manera de crear y trabajar en los estudios de artistas valencianos de diversas generaciones.

La Fundación Bancaja ha contribuido también a la conservación del patrimonio valenciano mediante colaboraciones para la restauración de obras de arte y elementos arquitectónicos de nuestras iglesias y museos. Gracias a estas intervenciones, realizadas con rigor y sensibilidad, nuestra memoria colectiva se preserva y se transmite con fidelidad a las nuevas generaciones.

Pero la labor de la Fundación no se detiene en la difusión del arte o la conservación del patrimonio. Su dimensión social es inseparable de su actividad cultural. La Fundación ha demostrado que la cultura es mucho más que contemplación: es un motor de inclusión, un instrumento de equidad y una herramienta para formar ciudadanos críticos y comprometidos.

Sus programas destinados a la educación, la integración de colectivos vulnerables y el fomento de la participación comunitaria muestran que la cultura puede transformar vidas y fortalecer el tejido social. Gracias a estas iniciativas, la Fundación contribuye a construir una sociedad más justa, más cohesionada y consciente de sí misma, donde la cultura se reconoce como un derecho y un vehículo de progreso colectivo.

Todo ello nos invita también a mirar con atención a las personas que hoy participan de la cultura, a cómo se relacionan con ella y a lo que esperan de nuestras instituciones. Porque el contexto social y humano en el que vivimos —más diverso, más rápido, más exigente y a menudo más frágil— transforma no solo nuestra vida cotidiana, sino también la manera en que nos acercamos al arte, al patrimonio y al pensamiento.

Los públicos han cambiado: se han ampliado, se han diversificado y se han vuelto más sensibles a la experiencia, a la cercanía y al sentido compartido. Comprender esta transformación —y saber acompañarla— es uno de los grandes retos culturales de nuestro tiempo.

En este contexto de transformación continua, resulta imprescindible reflexionar sobre los nuevos públicos de la cultura. Como advirtió Zygmunt Bauman, “la cultura ya no es un almacén de bienes eternos, sino un supermercado”. Con esta metáfora señalaba la profunda mutación del ecosistema cultural: ya no acudimos al arte para recibir verdades fijas, sino para encontrar experiencias, resonancias, narrativas que conecten con nuestra vida cotidiana.

Los públicos contemporáneos se caracterizan por su diversidad, su movilidad y su sensibilidad cambiante. No buscan únicamente contemplar, sino comprender; no desean ser espectadores pasivos, sino participantes activos. Quieren emocionarse, dialogar, sentirse interpelados y reconocerse en lo que se les ofrece. La cultura, para ellos, no es un espacio de distancia, sino de cercanía y de descubrimiento compartido.

Vivimos un momento de transformación profunda. La digitalización, la inmediatez informativa, la sobreexposición a estímulos y la velocidad con que circulan hoy las imágenes, las palabras y las experiencias culturales han cambiado radicalmente nuestra manera de acercarnos al arte y al conocimiento. Este cambio acelerado nos obliga a repensar nuestra relación con la cultura y el tiempo.

Este panorama de públicos más exigentes y fragmentados tiene también consecuencias profundas sobre quienes participamos de la cultura, sobre nuestra capacidad de atención y reflexión. Como apunta el último Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades, Byung-Chul Han, que señalaba con lucidez en *La sociedad del cansancio* que “la sociedad del rendimiento produce sujetos agotados, agotados de sí mismos”.

Y esta afirmación suya da que pensar, porque ese agotamiento ya no es solo físico: es una fatiga emocional y espiritual que nos desconecta de los demás y de nosotros mismos. Un cansancio que vacía de sentido y que elimina, casi sin que lo advirtamos, el tiempo necesario para la reflexión, el silencio, el aburrimiento fértil y la contemplación: todos ellos indispensables para la creatividad y la vida interior.

Frente a esta deriva, la cultura se convierte en refugio; en un espacio de pausa, de cuidado, de comunidad y de encuentro. Un lugar donde recuperar el ritmo humano y la capacidad de mirarnos y comprendernos.

Y es aquí donde la Fundación Bancaja demuestra una enorme lucidez: ha sabido escuchar a estos nuevos públicos y adaptarse a ellos. Ofrece experiencias pensadas para jóvenes, para familias, para escolares, para personas mayores, y también para quienes nunca habían tenido acceso real a la cultura. Abrir la cultura a todos no es una tarea sencilla: exige flexibilidad, creatividad, sensibilidad y una profunda vocación pública. La Fundación lo hace con rigor y, sobre todo, con una clara conciencia de que la Cultura, en mayúsculas, solo cumple su función cuando es compartida.

Con esta Medalla de Honor queremos reconocer su entrega, su visión y su defensa incansable de la cultura valenciana.

A toda la Fundación Bancaja, a su actual presidente Rafael Alcón Traver, y a quienes han formado parte de su historia, les damos las gracias por su compromiso, su profesionalidad y su generosidad. Su trabajo ha consolidado una institución que hoy es referencia cultural en la Comunitat Valenciana y que seguirá inspirando a las generaciones futuras.

Muchas gracias por su dedicación y por inspirar a las generaciones futuras